



Poesía

Josep Carner

Isla

¡Oh riscos sobre sendas danzarinas,
isla, soledad súbita, prodigio,
castillo en mar, que mira, evanescentes,
el navío, la nube! No te falta,
ni pares nunca, el roce de los días.
En tus grutas, las olas abren grietas,
tu brazo hacia la tierra va mermando,
tus pinos se despeinan, temerosos
del aullar de las móviles honduras.

¡En pie tú y yo! Por mucho que finjamos
alguna vez que somos como extraños
(es habitual que aun el amor separe),
¡juntos tú y yo! Vigilas mis latidos
ya desde que nací; formas, colores,
me inventaste, que alientan mi vivir.
Cada mañana, al verme abrir los párpados,
te atreves a seguir con tu existencia.
Sin mis mañanas, ¿quién te reharía?

Inundas mis sentidos de embeleso:
el viento, con disfraz de espuma y polvo,
el cielo y su rebaño que da vueltas,
Proteo, el viejo mago de los cambios,
la vida, apremio del aliento inútil,
el delirio insensato que en la sangre
sólo enciende el fulgor de la apariencia
y la virtud que, siempre sin amparo,
prueba el aire con su ángulo de alas.

Todo es señal, y no hay señal que dure.
¿Acaso puedes tú, risco bermejo,
en el encierro universal del tránsito,
aunque fuera verdad tu aire de roca,
evidencia de cuestas y de aristas;
aunque no fueras isla imaginaria,
hecha, rehecha y habitada en sueños,
alzada con recuerdos e imposibles,
en mi espíritu sólo mensurables?

Tres veces isla: un apartado círculo
que de lejos me llama y no contesta,
otro, hecho de sombras que desfilan,

y otro, más cerca, de lamento y brumas.
Ya mis ojos se olvidan de la tierra,
y la resaca fluye entre mis dedos.
Y añoro el todo que en la luz despunta,
contemplada desde una cala ignota,
centro de un arco que me ampara y libra.

Que hoy cuando el sol descienda ante mi vista,
me encuentre listo aún para prender
un fuego, ojo sensible de lo oscuro,
labor final de los ocasos. —Isla,
¿cuándo dormir el sueño irrevocable?
¡Oh si pudieras, libre ya de carga,
como un barco bogar entre tinieblas,
sin indicio de surco en el silencio,
curvos los palos, mas la vela viva!

Traducido por Clara Curell